

JEFF HALPER

El problema con Israel

Traducción de Berna Wang

El conflicto en Oriente Medio está inmerso en una espiral de violencia que no ve la salida. A pesar de los intentos locales e internacionales por resolverlo y de que los dos bandos invoquen la paz, ésta no termina de llegar. La duración del conflicto y el fracaso de las iniciativas de paz hacen dudar de que exista una auténtica voluntad de terminar con la guerra y despierta muchos interrogantes tanto a israelíes como a palestinos y a la comunidad internacional en su conjunto. ¿Realmente se busca la paz? ¿Paz para quién y a qué precio?

Seamos honrados (por una vez): el problema en Oriente Medio no es el pueblo palestino, no es Hamas, no son los árabes, no es Hezbolá ni los iraníes, ni la totalidad del mundo musulmán. Somos nosotros, los israelíes. El conflicto israelí-palestino, la principal causa de inestabilidad, extremismo y violencia en nuestra región, es quizá el conflicto del mundo más sencillo de resolver. Durante casi 20 años, desde el reconocimiento por la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) de Israel dentro de las líneas del armisticio de 1949 (la Línea Verde que separa Israel de Cisjordania y Gaza), todos los líderes palestinos, respaldados por una gran mayoría de la población palestina, han hecho a Israel la oferta más generosa: un Estado judío en el 78% de Israel y Palestina, a cambio de un Estado palestino en el 22% del territorio que ocupa Israel –Cisjordania, Jerusalén Oriental y Gaza–. De hecho, esta propuesta la apoya la gran mayoría tanto de palestinos como de israelíes. Como informaba el periódico israelí *Ha'aretz*,¹ alrededor del 64% de los palestinos apoyan la propuesta de que, tras el establecimiento del Estado de Palestina y una solución de todas las cuestiones pendientes –incluidos los refugiados y Jerusalén–, se emita una declaración de reconocimiento del Estado de Israel como el Estado del pueblo judío y del Estado palestino como el Estado del pueblo palestino [...] Por parte israelí, el 70% apoyaba la propuesta del reconocimiento mutuo.

Jeff Halper es coordinador del Comité Israelí contra las Demoliciones de Viviendas y candidato, junto con el activista palestino por la paz Ghassan Andoni, al premio Nobel de la Paz 2006

¹ *Ha'aretz*, 18 de enero de 2005.

El problema es Israel, tanto su forma pre-Estado como pos-Estado, que en los últimos cien años viene negándose rotundamente a reconocer la existencia nacional de un pueblo palestino o su derecho a la autodeterminación. Una y otra vez ha dicho “no” a cualquier posibilidad para establecer una paz auténtica, y en los términos más diáfanos. El ejemplo más reciente es el plan de “convergencia” (o “realineamiento”) del primer ministro Ehud Olmert, que trata de poner fin al conflicto de una vez por todas imponiendo el control de Israel sobre un mini Estado palestino supuestamente soberano. “Israel mantendrá el control sobre las zonas de seguridad, los bloques de asentamientos judíos y los lugares que tienen importancia nacional suprema para el pueblo judío, en primer lugar y sobre todo una Jerusalén unida bajo soberanía israelí”, declaró Olmert en la Conferencia Herzliya de enero de 2006.

Si los israelíes ansían realmente la paz y la seguridad, ¿por qué no han aprovechado (o al menos explorado) todas y cada una de las oportunidades para resolver el conflicto?

Este plan es obviamente inaceptable para los palestinos, algo que Olmert sabe perfectamente, y de ahí que haya que imponerlo de forma unilateral, con la ayuda estadounidense. Pero, ¿a quién le importa? Nos negamos a hablar sinceramente con Arafat, nos negamos a hablar con Abu Mazen y ahora boicoteamos totalmente al Gobierno elegido de Hamas, deteniendo o asesinando a cualquier persona relacionada con él. Y si la “convergencia” no funciona esta vez, nos limitaremos a mantener el *statu quo* indefinidamente. La ciudadanía israelí ha aceptado la postura de Ehud Barak, primer ministro de Israel de 1999 a 2001, de que “no hay un socio para la paz”, por lo que si a los votantes les disgusta la violencia y el terrorismo, lo más probable es que expulsen a la izquierda liberal que defiende la paz e introduzcan a la derecha, con su doctrina de una seguridad basada en la fuerza militar, por fallida que sea.

La voluntad de paz

Si los israelíes ansían realmente la paz y la seguridad —“el derecho a ser normales”, como dijo Olmert recientemente—, ¿por qué no han aprovechado (o al menos explorado) todas y cada una de las oportunidades para resolver el conflicto? ¿Por qué eligen continuamente gobiernos que persiguen agresivamente la expansión de los asentamientos y los enfrentamientos militares con los palestinos y los vecinos de Israel, aunque quieren quitarse de encima el lastre de la ocupación? ¿Por qué, si la mayoría de los israelíes anhelan realmente “separarse” de los palestinos, les ofrecen a éstos tan poco que la separación no es una

opción, a pesar de que los palestinos están dispuestos a hacer concesiones importantes? “Los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores israelí”, escribe el historiador británico-israelí Avi Shlaim, “están llenos de indicios de tanteos árabes a favor de la paz y de la disposición de los árabes a negociar con Israel a partir de septiembre de 1948”.² Veamos sólo algunos ejemplos de oportunidades rechazadas de forma deliberada:

- En la primavera y el verano de 1949, Israel y los Estados árabes se reunieron bajo los auspicios del Comité de Conciliación de Naciones Unidas sobre Palestina en Lausana (Suiza). Israel no quería hacer ninguna concesión territorial ni devolver a 100.000 de los 700.000 refugiados que pedían los árabes. La opinión pública israelí estaba “embriagada de victoria” y no había un clima propicio para hacer concesiones, “máximas o mínimas”, según el negociador israelí Elías Sasson.
- En 1949, el líder sirio Husni Zaim declaró abiertamente su disposición a ser el primer líder árabe que concluyera un tratado de paz con Israel, así como a reasentar a la mitad de los refugiados palestinos en Siria. Se ofreció varias veces a reunirse con Ben Gurion, que se negó rotundamente. Al final, sólo se firmó un acuerdo de armisticio.
- El rey Abdullah de Jordania participó en dos años de negociaciones con Israel, pero nunca pudo lograr un avance significativo ni ningún asunto importante antes de su asesinato. Su ofrecimiento de reunirse con Ben Gurion también fue rechazado. Tres semanas antes de su asesinato, el rey Abdullah declaró: “Podría justificar una paz señalando concesiones hechas por los judíos. Pero sin ninguna concesión por su parte, estoy derrotado incluso antes de empezar”.
- Entre 1952 y 1953 hubo exhaustivas negociaciones con el Gobierno sirio de Adib Shishakli, líder proestadounidense que estaba ansioso por llegar a un acuerdo con Israel. Esas conversaciones fracasaron porque Israel insistió en tener el control exclusivo del mar de Galilea, el lago Huleh y el río Jordán.
- Nasser hizo reiteradas e infructuosas ofertas a Ben Gurion poco después de la revolución de 1952, para hablar de la paz. Ese esfuerzo terminó finalmente debido a la negativa del sucesor de Ben Gurion, Moshe Sharett, a continuar los contactos, y a un devastador ataque israelí (liderado por Ariel Sharon) contra una base militar egipcia en Gaza.

En general, la inflexibilidad israelí después de la guerra de 1948 se debió a su éxito a la hora de negociar los acuerdos de armisticio, que le colocaron en una posición superior

² Avi Shlaim, *The Iron Wall*, Norton & Company, Nueva York, 2001, p. 49.

tanto en el ámbito político como en el territorial y el militar. Ben Gurion declaró rotundamente lo que se convertiría en la política a largo plazo de Israel, básicamente válida incluso hoy: "Israel no hablará de una paz que implique la concesión de ningún pedazo de territorio. Los Estados vecinos no se merecen ni una pulgada de tierra de Israel [...] Estamos preparados para la paz a cambio de paz". Sin embargo, fue durante este periodo cuando los líderes árabes comenzaron a ser vistos como enemigos intransigentes, imagen difundida por Israel.

- A finales de 1965, el jefe del Mossad, Meir Amit, fue invitado a El Cairo por Abdel Hakim Amer, vicepresidente y subcomandante de las fuerzas armadas egipcias. La visita fue vetada tras la férrea oposición de Isser Harel, asesor de inteligencia de Levi Eshkol. ¿Podría haberse evitado la guerra de 1967? Nunca lo sabremos.
- Inmediatamente después de la guerra de 1967, Israel tanteó la posibilidad de llegar a un acuerdo tanto con los palestinos de Cisjordania como con Jordania. Los palestinos estaban dispuestos a entablar conversaciones de paz, pero sólo si eso significaba un Estado palestino independiente, una opción que Israel nunca contempló. Los jordanos también estaban dispuestos, pero sólo si recuperaban todo el control sobre Cisjordania y, en concreto, sobre Jerusalén Oriental y los Santos Lugares. El rey Hussein incluso mantuvo reuniones con funcionarios israelíes, pero la negativa de Israel a contemplar la posibilidad de una devolución completa de los territorios sabotó el proceso.
- En 1971, Anwar el-Sadat, presidente de Egipto, envió una carta a la Comisión Jarring de la ONU en la que expresaba la voluntad de Egipto de firmar un acuerdo de paz con Israel. La aceptación israelí habría evitado la guerra de 1973. Tras la guerra, Golda Meir rechazó sumariamente los renovados intentos de Sadat para iniciar conversaciones de paz.
- Los tanteos realizados por Arafat y otros líderes palestinos a principios de la década de 1970 indicaban la disposición a hablar de paz con Israel; la oferta de Arafat de hablar de paz fue descartada de plano por el secretario de Estado estadounidense Kissinger, que rechazó cualquier contacto.
- Sadat intentó en 1978 ampliar el proceso de paz entre Israel y Egipto para resolver la cuestión palestina; fue rechazado por Menachem Begin, primer ministro de Israel, que se negó a considerar nada que fuera más allá de la "autonomía" palestina.
- En 1988, en Argel, como parte de su declaración de la independencia palestina, la OLP reconoció públicamente a Israel dentro de la Línea Verde y expresó su voluntad de iniciar conversaciones.

- En 1993, en el mismo inicio del proceso de paz de Oslo, Arafat y la OLP reiteraron por escrito su reconocimiento de Israel dentro de las fronteras de 1967 (es decir, sobre el 78% de la Palestina histórica). Aunque reconocieron a Israel como Estado “legítimo” en Oriente Medio, el gobierno de Rabin no reconoció el derecho nacional palestino a la autodeterminación, ni contempló siquiera la posibilidad de renunciar a los Territorios Ocupados en favor de un Estado palestino.
- Quizá la mayor oportunidad perdida de todas fue la labor de debilitamiento realizada por los sucesivos gobiernos laboristas y del Likud de un Estado palestino viable mediante la duplicación de la población de colonos israelíes durante los siete años del proceso de paz de Oslo (1993-2000), lo que eliminó de hecho la solución de dos Estados y destruyó el potencial de Oslo para llegar a una paz acordada.
- A finales de 1995, Yossi Beilan, miembro clave del equipo negociador de Oslo, presentó a Rabin el Documento de Estocolmo para resolver el conflicto que había negociado con el equipo de Abu Mazen. Tan prometedor era este acuerdo que Abu Mazen tenía lágrimas en los ojos cuando lo firmó. Rabin fue asesinado unos días después y su sucesor, Simón Peres, rechazó el documento.
- Sharon rechazó por completo la oferta de reconocimiento, paz e integración regional de la Liga Árabe de 2002 a cambio de renunciar a la ocupación, oferta reiterada incluso después de la guerra del Líbano de 2006.
- Sharon eliminó a Arafat, con diferencia el socio más afín y dispuesto a colaborar que ha tenido nunca Israel y el último líder palestino que pudo “entregar”. Posteriormente boicoteó a su sucesor, Abu Mazen.
- A mediados de 2006, el sucesor de Sharon, Olmert, declaró “irrelevante” el Documento de los Presos en el que todas las facciones palestinas, incluida Hamas, acordaron un programa político para buscar una solución de dos Estados. Por el contrario, Olmert prosiguió sus intentos de destruir por la fuerza al Gobierno democráticamente elegido de Hamas, mediante el boicot económico y el hambre total.
- En septiembre y octubre de 2006, Bashar Assad hizo de nuevo reiterados intentos a favor de la paz con Israel, declarando en público: “Estoy dispuesto a una paz inmediata con Israel, con quien queremos vivir en paz.” El día en que Assad hizo la primera declaración en este sentido, el primer ministro Olmert afirmó: “Nunca nos iremos de los Altos del Golán”; acusó a Siria de “albergar a terroristas” y, junto con su ministra de Asuntos Exteriores Tsipi Livni, anunció que “no han madurado las condiciones para la paz con Siria”.

A todo esto podemos añadir las guerras innecesarias, otros conflictos más limitados y sangrientos ataques que sirvieron sobre todo para reforzar el control israelí sobre toda la Tierra de Israel, siendo los más recientes la guerra contra Hezbolá que destruyó el Líbano en 2006, y los constantes ataques en curso contra Gaza.

Israel se niega de forma sistemática y rotunda a negociar de forma directa y seria con los palestinos desde la época de los primeros colonos judíos pro sionistas en Palestina, en la década de 1880, hasta la actualidad. La estrategia de Israel siempre ha sido rodear y envolver a los palestinos, llegando a acuerdos con gobiernos que aíslan y, de manera infructuosa hasta el momento, neutralizan a los palestinos como actores. Así pues, salvo por vagas declaraciones en el sentido de no desear gobernar otro pueblo y expresiones como “nuestra mano extendida en paz”, Israel nunca ha permitido que haya unas auténticas negociaciones. Los palestinos no son socios en pie de igualdad que tienen reivindicaciones sobre el país comparables con las nuestras. La feroz respuesta de Israel al estallido de la segunda Intifada, cuando disparó más de un millón de balas y de misiles contra centros civiles de Cisjordania y Gaza a pesar de la total ausencia de disparos por parte del lado palestino durante los primeros cinco días, sólo puede explicarse como una necesidad de ponerles “en su sitio”.

Una gestión no limitadora del conflicto

La irrelevancia de los palestinos es una consecuencia de la idea básica que subyace en la política israelí hacia los árabes desde la fundación del Estado: Israel, en palabras de Ben Gurion, es sencillamente demasiado fuerte como para que los árabes la ignoren. Por tanto, no podemos hacer la paz demasiado pronto. Una vez que obtengamos todo lo que queremos, los árabes seguirán estando dispuestos a hacer las paces con nosotros. La respuesta, pues, a la aparente contradicción de por qué Israel dice que desea la paz y la seguridad y al mismo tiempo persigue políticas de conflicto y expansión, tiene cuatro partes:

- 1) *El territorio y la hegemonía son más importantes que la paz.* Como reveló hace unos años Ben Gurion, los objetivos geopolíticos de Israel tienen prioridad respecto a la paz con cualquier país árabe. Puesto que una situación de no conflicto es aún mejor que la paz (Israel tiene ese tipo de relación con Siria, con quien lleva 35 años sin combatir, y así puede evitar unos compromisos asociados a la paz que podrían poner en peligro su ocupación de los Altos del Golán), Israel hace la “paz” sólo con países que dan su aquiescencia a su agenda expansionista. Jordania renunció a todas las reivindicaciones sobre Cisjordania y Jerusalén Oriental, e incluso ha dejado de defender activamente los derechos palestinos. Bien es cierto que la paz con Egipto le costó a Israel la península del Sinaí, pero dejó intacta su ocupación de Gaza y Cisjordania. La diferenciación entre

aquellas partes del mundo árabe con las que desea alcanzar un acuerdo de paz, aquellas con las que necesita una mera situación de no conflicto y aquellas que considera que puede controlar, aislar y derrotar, crea una situación de gran flexibilidad que permite a Israel emplear la zanahoria o el palo dependiendo de la agenda concreta que tenga en un momento determinado.

La seguridad de Israel sólo se puede garantizar en términos militares, o hasta que todos y cada uno de los palestinos estén muertos, en prisión, expulsados del país o confinados en un enclave cerrado

- 2) *Una doctrina de seguridad definida militarmente.* El concepto de “seguridad” de Israel siempre ha sido tan exagerado que no da ni un respiro a los palestinos, eliminando así cualquier resolución viable del conflicto. Esto es, desde luego, un reflejo de su dependencia tradicional de la abrumadora superioridad militar (la “ventaja cualitativa”) sobre los árabes. Tan abrumadora se la percibe –pese al cuasi desastre en la guerra de 1973, su fracaso para pacificar los Territorios Ocupados y, más recientemente, su fracaso contra Hezbolá en el Líbano– que excluye cualquier necesidad de acuerdo o de negociaciones auténticas, no digamos de concesiones significativas a los palestinos. La seguridad de Israel, en esta visión, sólo se puede garantizar en términos militares, o hasta que todos y cada uno de “ellos” (los palestinos) estén muertos, en prisión, expulsados del país o confinados en un enclave cerrado. Esta es la razón por la que los intentos racionales de resolver el conflicto basados en los intereses mutuos, identificar las fuentes del conflicto y negociar soluciones han sido inútiles todos estos años. La agenda y los principios rectores de Israel no tienen absolutamente nada que ver con los palestinos ni con la paz real, sino que están enraizados en un proyecto intransigente de crear un espacio puramente judío en toda la Tierra de Israel, con islas cerradas de palestinos.
- 3) *Israel como bastión autodefinido de Occidente en Oriente Medio.* La orientación europea de Israel, incluida la visión del mundo árabe como una mera región interior que ofrece a Israel poco de valor, explica por qué Israel no da más importancia a alcanzar la paz con sus vecinos. Israel no se considera parte de Oriente Medio y no tiene ningún deseo de integrarse en esta región. En todo caso, se ve a sí misma como una variación de Singapur en Oriente Medio. Al igual que Singapur, busca una relación correcta con su región interior, pero se ve a sí misma como un centro de servicios para Occidente, al que están vinculados su economía y su filiación política (Israel, cabe señalar, ha convertido al ejército de Singapur en lo que es hoy, la fuerza militar más potente del sudeste asiático). Eso significa que Israel carece de la motivación fundamental para lograr cualquier forma de integración regional, como evidencia su brusco rechazo de la iniciativa saudí de 2002

que, con el respaldo de la Liga Árabe, ofrecía a Israel el reconocimiento, la paz y la integración regional a cambio de renunciar a su ocupación.

4) *La irrelevancia de los palestinos.* Israel cree que puede lograr una paz separada con países de los mundos árabe y musulmán (y mantener su fuerte posición internacional general) sin referencia a los palestinos. No con las personas, es cierto, pero Israel está dispuesta a limitar su situación de paz/no conflicto con los gobiernos. Inspeccionando el paisaje político con satisfacción –Israel tiene relaciones con Egipto, Jordania, un Irak emergente (aunque Israel está armando a los kurdos), los Estados del Golfo, los países del Norte de África (incluido Libia), Pakistán, Indonesia y casi todos los Estados africanos musulmanes–, la idea de que Israel es demasiado fuerte para ser ignorada parece verdad.

Por el momento, Israel vuela alto, pese a haberse llevado algunos reveses serios en el Líbano. Ocupa un papel central en la política bipartidista de EEUU y goza de un amplio apoyo en Europa. Los dirigentes israelíes creen que pueden “ganar”, que pueden derrotar a los palestinos, lograr el control permanente de Israel sobre los Territorios Ocupados y alcanzar una paz funcional con la mayor parte de los mundos árabe y musulmán.

Así pues, ¿qué es lo que va mal en este panorama? Nada, salvo que se desee realmente la paz, la seguridad y “el derecho a ser normales”; y salvo que entren en la ecuación consideraciones como la justicia y los derechos humanos. Desde una perspectiva puramente utilitaria, Israel es un gran éxito. Quizá la señal más esperanzadora de la “normalización” de Israel sea su aceptación por la mayoría del mundo árabe y musulmán, ilustrada a la perfección por la propia iniciativa saudí que Israel ignoró de forma tan sumaria. Pero esto también ubica con exactitud el problema. La oferta de la Liga Árabe/saudí estaba supeeditada a que Israel renunciara a la ocupación, algo que no está dispuesta a hacer. Como era de esperar, Israel respondió a la oferta “sobre el terreno” en lugar de utilizar los cauces diplomáticos. Sharon llevó a cabo su plan de retirada de Gaza expresamente para garantizar el dominio permanente e incuestionable de Israel sobre Cisjordania y Jerusalén Oriental, mientras que su sucesor Olmert introduce enérgicamente un “plan de convergencia” en el que la ocupación se transforma en una situación permanente de control israelí. Todo esto es congruente con la política israelí que se remonta hasta Ben Gurion, según la cual, si Israel limita su objetivo a alcanzar un *modus vivendi* con los mundos árabe y musulmán en lugar de una verdadera paz, podrá garantizar su seguridad al mismo tiempo que conservar el control sobre toda la Tierra de Israel al oeste del Jordán.

Esta *realpolitik* israelí se basa en un planteamiento extremadamente pragmático hacia el conflicto, similar a lo que los británicos denominaban “arreglárselas”. Si el objetivo de Israel fuera resolver el conflicto con los palestinos y buscar una paz auténtica y la integración

regional, podría haber adoptado fácilmente políticas que hubieran logrado eso, probablemente hace mucho tiempo. Sin embargo, el objetivo es la gestión del conflicto, manteniendo el *statu quo* en perpetuidad, y no su resolución. “Arreglárselas” se ajusta bien al intento de Israel de equilibrar algo imposible: la expansión territorial a expensas de los palestinos, manteniendo al mismo tiempo un grado aceptable de seguridad y tranquilidad. Esta táctica permite que Israel haga frente a cada desafío a medida que surge, en lugar de encajarse en una estrategia o conjunto de políticas que no tienen en cuenta los imprevistos. Ayer probamos Oslo, hoy atacaremos Gaza y el Líbano, mañana la “convergencia”.

Si mi análisis es correcto, Israel está dispuesta a conformarse con paz-y-tranquilidad en lugar de con una auténtica paz, con gestionar el conflicto en lugar de cerrarlo, con ganancias territoriales que podrían perpetuar las tensiones y conflictos ocasionales en la región, pero no ponen en peligro la seguridad esencial de Israel. Declarar “el derecho a ser normales” se convierte en una mera iniciativa de relaciones públicas destinada a culpar al otro y presentar a Israel como la víctima y no en algo que esperan realmente los líderes israelíes. De hecho, sus mismas políticas se basan en el supuesto de que la normalidad funcional –un nivel aceptable de tranquilidad, una economía que vaya bien, una existencia bastante normal para una ciudadanía israelí aislada la mayor parte del tiempo– es un *quid pro quo* que se prefiere frente a las concesiones necesarias para una paz auténtica (y alcanzable).

Desde una perspectiva puramente utilitaria, Israel es un gran éxito

La única salida

Sólo hay una salida para el conflicto: Israel debe asumir –o ser obligada a asumir– la responsabilidad de sus actos. No culpar más a Arafat y a Hamas y a los árabes en general. No hacerse más la víctima. No negar más la ocupación o los derechos humanos o nacionales de los palestinos. No utilizar más la fuerza militar para garantizar “nuestra” seguridad. No más unilateralismo. Por el contrario, Israel debe trabajar con los palestinos para crear una auténtica solución de dos Estados. No más iniciativas de Ginebra en las que los palestinos obtienen un 22% no viable del país; nada de convergencia, realineamiento, *apartheid*. Sencillamente, el fin de la ocupación y la vuelta a las fronteras de 1967 o, si no hay una solución justa y viable de dos Estados, enterrada para siempre bajo los innumerables bloques de asentamientos y autopistas israelíes, entonces otra solución, un solo Estado democrático o una confederación regional. Y una solución justa para la cuestión de los refu-

giados. Con el tiempo, los palestinos –que son más amigos de Israel que lo que cualquier israelí comprende– podrían incluso utilizar sus buenos oficios para entrar en última instancia en una confederación regional con los Estados vecinos.

El problema con Israel es que, por todas las razones expuestas en este artículo, se ha hecho inmune a los procesos políticos normales. Sin embargo, no habrá una paz auténtica, justa y sostenible en la región sin una presión internacional masiva. Israel no pasará por la puerta de la paz si no se la presiona. Sólo cuando la comunidad internacional –probablemente con Europa a la cabeza, más que EEUU, que parece inútil para esto– decida que el conflicto es demasiado desestabilizador para mantenerse y adopte una política más asertiva hacia la ocupación, se pondrá fin a la capacidad para manipular de Israel. Aun así, sabiendo que los gobiernos no harán lo correcto sin que los agujoneen, es crucial la intervención activa de la sociedad civil. Nosotros –israelíes, palestinos e internacionales– podemos formular con precisión lo que ansían la gran mayoría de los israelíes y de los palestinos: una alternativa al marco interesado y fallido de “seguridad” de Israel en la que ganen ambos bandos y basada en unos derechos humanos irreductibles.